

LONDRES: TERRO



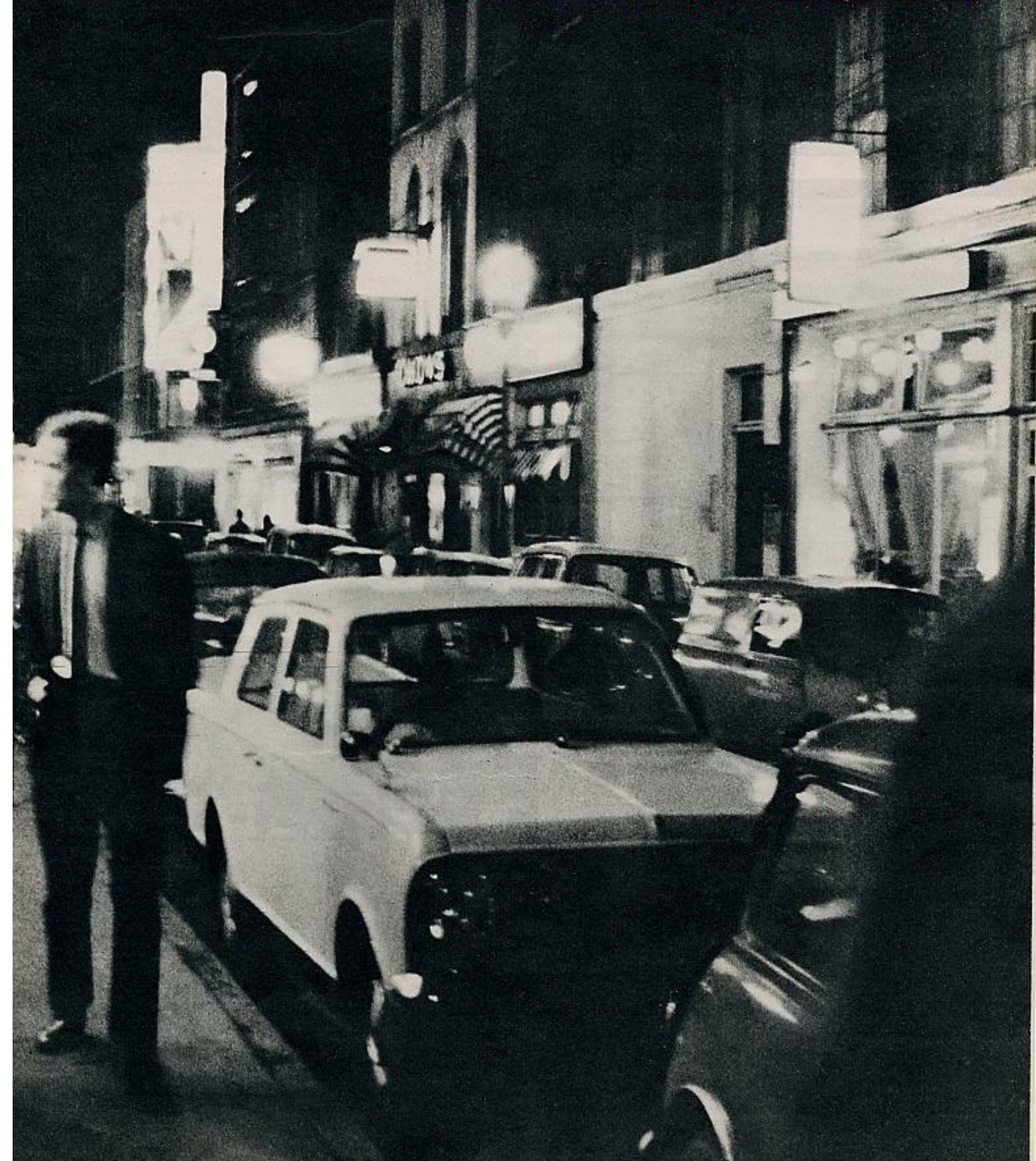
LA CAPITAL BRITANICA CENTRO DE LA VIDA NOCTURNA MUNDIAL

JUNTO al Londres victoriano, anclado en sus tradiciones, y el «swinging London» de Carnaby Street y música «pop», está, imponiéndose por encima de las que hasta ahora se han considerado capitales mundiales de la diversión, el «gay London» de la noche. Desde que los comercios cierran, las oficinas se vacían y se llenan los trenes que parten de Waterloo Station con destino a las zonas residenciales, los anuncios de neón se encargan de cambiar la fisonomía de la capital británica. Locales que pasan inadvertidos durante el día adquieren vida repentinamente. Los clubs de todo tipo empiezan a funcionar. Londres se convierte en el paraíso del extranjero —o del nacional— que busca sensaciones fuertes. Soho sigue siendo el principal centro de atracción, pero no el único. Los taxistas que acogen en su vehículo a un forastero a partir de ciertas horas de la noche, se apresuran a proponerle diversión de cualquier tipo: mujeres, juego, alcohol...

De este mundo de la noche participan, como clientes, quienes no se resignan a permanecer afeerrados a los viejos esquemas y no se deciden —o no están en edad de hacerlo— a incorporarse al nuevo Londres «in». Y, por encima de todos, los americanos cargados de dólares, para los cuales Londres ha sustituido a París como **SIGUE**



GERA DIMENSION





El juego ha adquirido un inmenso auge en los últimos años. Clubs de baccará, ferrocarril y ruleta se abren en cada esquina. Pero quizá lo más espectacular ha sido el impulso del «bingo», especie de versión perfeccionada y mecánica de la popular «quina» casera, a la que se entregan las mujeres, y para la que se han habilitado locales de cine desafectados. A las horas en que no hay partida funcionan las clásicas máquinas tragaperras, que ahora no son mecánicas, sino electrónicas.

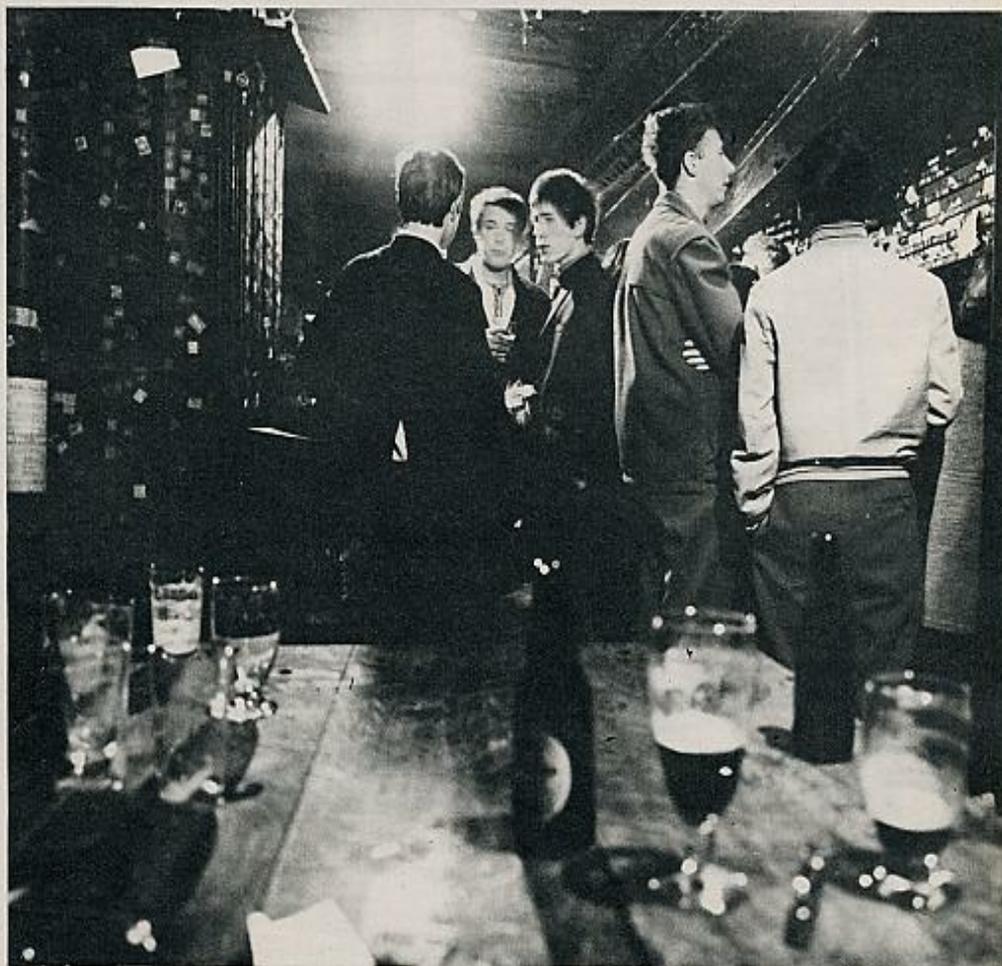
representación del Walhalla en esta vida. No se trata de que los ingleses hayan aprendido ahora a divertirse. Simplemente, ante la incertidumbre del momento económico por el que atraviesan, han decidido emplearse a fondo. La floración de locales ha atraído a los turistas. Todo en ellos es más que en sus similares de otros países. El «strip-tease» es más osado, el juego es más excitante, la prostitución más sofisticada. Posiblemente sea el juego lo que ha adquirido un mayor impulso, en todas sus manifestaciones. Desde los tradicionales caballos hasta el bingo. Según las estadísticas —imprecisas siempre en estos casos—, los ingleses gastan cada año 610 millones —de libras— en apostar a los caballos, 100 en las quinielas de fútbol, 35 en el bingo, y cientos de millones —imposibles de calcular, al no ser declarados— en las mesas de juego de los nuevos casinos. El inglés medio —comprendidos mujeres y niños— gasta, según las mismas estadísticas, unas 25.000 pesetas anuales en las diferentes formas de juego, lo que equivale a la mitad del presupuesto de defensa y sobrepasa el de sanidad...

¡hagan juego, señoras!

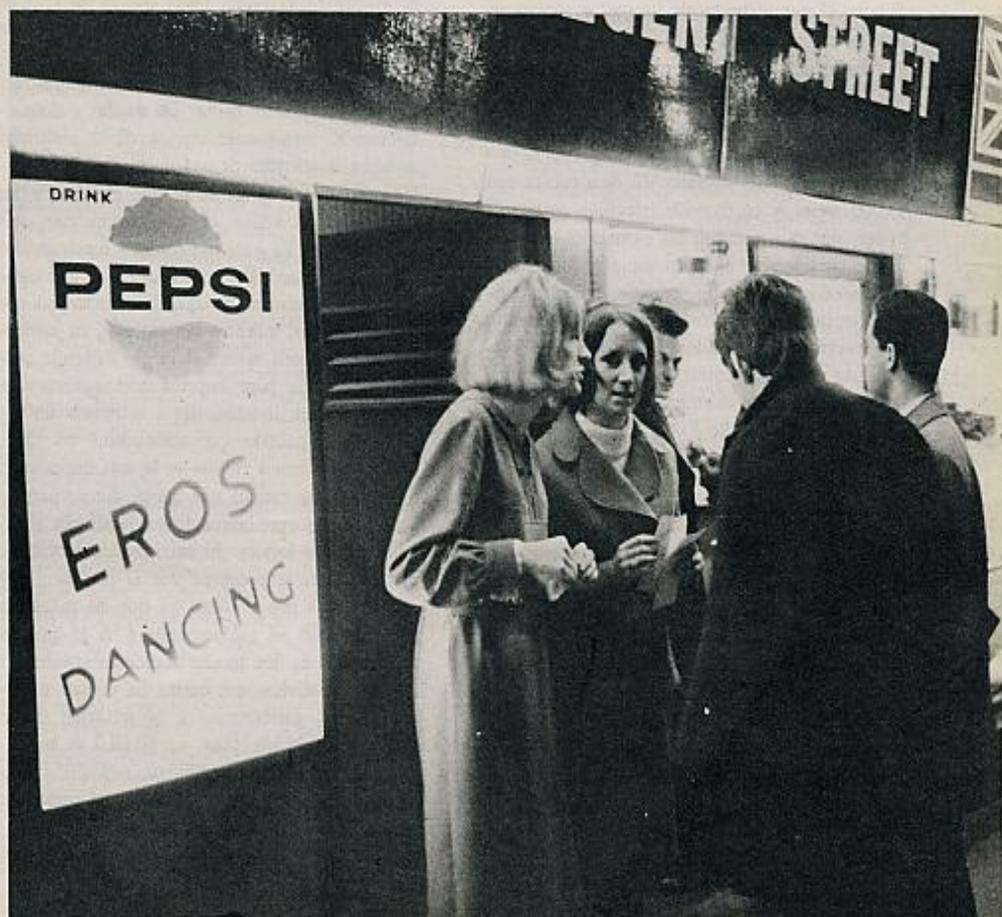
Dentro del juego y sus diversas formas hay diferentes escalas. A los caballos juega todo el mundo. Los tradicionalistas por tales, los que no lo son porque, en virtud de una apertura de los hipódromos a capas sociales que antes no tenían acceso a ellos, quieren resarcirse de las ausencias impuestas. Al canódromo, sin embargo, sólo van quienes se desentienden de todo prejuicio social; nadie medianamente distinguido querría, por nada del mundo, ser visto en uno de tales lugares. Pero quizá el más asombroso de todos los fenómenos relacionados con el juego sea el del bingo. El bingo es una especie de lotería casera, de «quina». Sólo que, en vez de jugarse en familia, se juega colectivamente, apostando sumas monetarias. Multitud de salas cinematográficas han dejado de serlo para ser acondicionadas como salas de bingo; en ellas se reúnen casi exclusivamente mujeres, entre los treinta y cinco y los sesenta años, que así escapan a la monotonía de las veladas en torno a la televisión. Y sábados y domingos resulta impresionante ver a centenares de respetables damas jugándose las economías de la semana con la seriedad de quien asiste a una ceremonia religiosa. Se ha hablado, al respecto, de emancipación de la mujer; y hasta alguien ha afirmado que se trata del más revolucionario experimento del feminismo inglés desde el sufragismo.

Pero, al margen de todo pintoresquismo, lo que indudablemente ha preocupado en más alto grado a las autoridades es la proliferación incesante de clubs, más o menos privados, de juego. De juego clásico: ruleta, baccará, ferrocarril. Lo que antes estaba restringido, por arriba, a los sectores más exquisitos de la sociedad o, por abajo, a los frequentadores de garitos más o menos mal afamados y clandestinos, se ha hecho paso hasta la luz del día. En cualquier zona, y especialmente en el West End y Soho, es posible ver grandes anuncios luminosos que intentan atraer al cliente. Existen clubs de **SIGUE**

LONDRES: TERCERA DIMENSION



Los «pubs» siguen siendo lugar de reunión. Sólo después de sus horas de cierre comienza la ronda de los clubs privados, donde se puede beber en cualquier momento. Los nombres de los «dancings» son excitantes, prometedores de «paraísos» que, sólo existen en la imaginación de los clientes, hijos o eventuales.





A unos pasos de Piccadilly, en pleno corazón de Londres, se abren las puertas de un club de juego popular, el «Windmill». Se trata de una zona en la que, sin siquiera cruzar de acera, se puede encontrar todo tipo de diversiones: salones de baile, cabarets, cines especializados en films nudistas y cuanto sea capaz de atraer al turista...

todos los tamaños, a todas las escalas. Los «croupiers» —con frecuencia femeninos— vienen de Las Vegas y Deauville, de Montecarlo. El «New Victoria Sporting Club» —no deja de ser significativo el que al hecho de jugarse el dinero alrededor de una mesa se le considere deporte— es, posiblemente, el más célebre. Fue fundado en 1964 por un americano experto en la materia. La clientela está formada por hombres de negocios, empleados de cierta categoría, miembros de profesiones liberales. El club cuenta con 13.000 socios, y en él existe televisión en circuito cerrado, para prevenir las eventuales trampas. Puede considerarse un poco como el modelo de los centenares de establecimientos del mismo tipo existentes en el país. En el extremo opuesto, el «Crockford's», con sólo 2.500 socios y reservado a una élite. Para entrar en él hay que ser presentado por catorce miembros y disponer de una renta anual mínima de 5.000.000 de pesetas.

código del hampa

Ante el desarrollo cada día mayor de este tipo de locales, el Gobierno ha decidido tomar medidas. En lo anecdótico, hay que recordar la reciente expulsión del país del actor americano George Raft, que había instalado una casa de juego, «Colony», en la que, según parece, no todo era transparente, cosa que, por otra parte, no puede extrañar conociendo los antecedentes del actor, compenetrado al máximo con los papeles de gangster que interpretó durante su carrera cinematográfica. En un terreno más general, la ola del juego empieza a ocasionar se-

rios problemas a la Policía. La ley de 1961 que autorizaba la existencia de los «bookmakers» —corredores de apuestas— permitía igualmente que cualquiera abriera un club en el que luego se autorizaría el juego. Dado que la jurisdicción inglesa no permite a los propietarios de clubs de juego llevar a la justicia a los clientes endeudados, el resultado ha sido la aparición de «duros» que se encargan de cobrar las deudas a domicilio con el consiguiente empleo de la violencia; de ahí a la apertura de una nueva era del gangsterismo que no tenga nada que envidiar a los «felices» años veinte de Chicago no hay más que un paso. Ya han empezado a funcionar los gangs de «protección». No queda más que esperar a que empiecen a sonar las ametralladoras.

Roy Jenkins, ministro del Interior, ha comenzado su campaña contra el juego. Pretende controlar los clubs para impedir que aparezca una mafia en Gran Bretaña, dar a la Policía un derecho de inspección que actualmente no tiene, prohibir el juego a crédito y, lo más importante, prohibir a los casinos que ganen dinero participando en el juego, limitando sus beneficios al alquiler de sus locales. El ministro de Hacienda, por su parte, se preocupa por el problema fiscal planteado por el juego, ya que las ganancias de los casinos no son imponibles. A lo que los propietarios de los locales responden: «Gracias a todas las divisas que entran en el país a través nuestro, colaboramos a la salvación de la libra». La solución, pues, no es fácil de encontrar. El problema, sin embargo, está ahí, imponiendo cada día con mayor fuerza su presencia, hasta el punto de que, como ocurriera en el siglo pasado con los estragos del alcoholismo con



George Raft, el actor americano especializado en papeles de gángster, había abierto hace poco una sala de juego. Ahora ha sido expulsado del país en virtud de la campaña gubernamental contra el vicio.

LONDRES: TERCERA DIMENSION

la asociación de *Alcohólicos anónimos*, ya ha surgido su homóloga *Jugadores anónimos*, con la pretensión de curar a los adictos de su vicio.

llamad a cualquier puerta

Pero, como decíamos al principio, no es sólo el juego —aunque su impulso haya sido el más espectacular— el vicio que preocupa a los habitantes del Londres de hoy. El Londres de la noche tiene infinidad de diversiones que ofrecer a sus habitantes. Hace un mes, un nuevo local, el «Keuhoclub», era cerrado por las autoridades porque los «strip-teases» que en él se presentaban rebasaban los límites tolerados. En determinados locales de este tipo los clientes participan en el espectáculo cortando con unas tijeras los vestidos de las actrices. Los «Dance-type clubs», los «Cool-type clubs» o los «100-type clubs» se encuentran en todas las esquinas. En los primeros, sobre todo, se bebe; en los segundos es fácil encontrar compañía femenina; en los del tercer tipo, menos reservados, se charla, se toman unas copas y puede encontrarse a las figuras populares del mundo del espectáculo.

La prostitución, por su parte, ha experimentado también un auge. Se calcula que en este momento existen en Londres 10.000 personas dedicadas a este menester. Pero esto no puede dar

idea del número real. De hecho, desde que la ley prohibió el ejercicio abierto de esta profesión, la mayoría de quienes la ejercen tienen otra actividad que utilizan como tapadera, dado que la ley señala taxativamente que lo que se prohíbe es que una mujer se acerque a un hombre; las mujeres se limitan a sentarse en la barra de los bares esperando que el hombre sea quien inicie la gestión. Pero el más moderno procedimiento son los anuncios en clave: «Señorita de veinte años da lecciones de natación»; «Monitora de gimnasia sueca para hombres fuertes»; «Joven modelo dispone de tardes libres»... Esta es la tercera dimensión de Londres, de un Londres que, en la carrera por ponerse al día, no ha debido subir todos los escalones a la misma velocidad. Mientras una parte sigue en el pasado y otra marcha hacia el futuro, hacia un futuro incierto que hace que la rebeldía se manifieste con provocaciones la mayoría de las veces incapaces de sobrepasar los aspectos más superficiales de la vida de relación, una capa intermedia, entre dos edades, se limita a intentar superar, más cuantitativa que cualitativamente, lo que se ha venido considerando, desde hace décadas, como modelo inmutable de vida nocturna. Un Londres un poco al margen, no representativo, pero que existe y preocupa, a los unos para escandalizarlos, a los otros para correr hacia él con avidez.

(Reportaje gráfico RADIAL PRESS)



El strip-tease —mucho más osado que el que se realiza en París— está a la orden del día. A su lado ha aparecido una nueva forma de prostitución, más o menos disfrazada, que realiza sus contactos a través de los anuncios murales o las columnas «personales» de los periódicos, mediante proposiciones que sólo con buena voluntad podrían calificarse de ambiguas, de las que son muestras los textos que reproduce la foto.



La prensa y el gobierno han comenzado a preocuparse seriamente por la posible aparición de una nueva modalidad de mafia en el territorio británico.

